

# China para reportero novel

EDGAR ONOFRE<sup>1</sup>

Llegué a la China hiperdesarrollada del siglo XXI con el doble propósito de recabar datos y emociones en la tierra del dragón milenario que preocupa a la prensa del mundo.

Era, y aún soy, un reportero de la provincia mexicana que a la sazón seguía los pasos al escritor veracruzano Sergio Pitol quien, 50 años después de su primera visita a China, regresaba a fundar –en la Universidad de Chongqing, municipalidad ubicada justo al medio del gigante asiático– un centro de estudios sobre la lengua española y la cultura latinoamericana que lleva su nombre.

También, documentaba un nuevo capítulo de la relación institucional entre la Universidad Veracruzana (UV) y al menos tres de las más importantes universidades chinas: la del Pueblo (Renmin Da Xue), la de Estudios Internacionales de Beijing (BISU, por sus siglas en inglés) y la de Chongqing (CQUST), una relación que continúa entusiasmando a académicos latinoamericanos avecindados en Beijing.

Como debe ser, llevaba antecedentes sobre ambos temas: el primer viaje de Pitol a China como parte de una misión de Radio UNAM en la década de los 50, su sonada gira literaria de 2006, por ejemplo, y conocía con solvencia las iniciativas académicas de la UV en materia de intercambio estudiantil, académico y de vinculación entre pequeños empresarios veracruzanos y chinos.

Pero, al igual que cualquier otro occidental medianamente atento a las noticias, traía también conmigo parte del debate, a veces calmo a veces beligerante, sobre lo que China significa. Había leído y

---

<sup>1</sup> Director de Medios de Comunicación de la Dirección General de Comunicación Universitaria, UV.

escuchado, como es natural en mi profesión, lo mismo panegíricos casi poéticos que libelos al borde de la conflagración.

Apurándome un poco, habría podido hacer un recuento de los temas ejercidos y propalados con ahínco en la agenda de medios norteamericana. Lo mismo cadenas trasnacionales, como CNN o Fox, que medios locales (algunos muy locales), tomaron rápidamente una posición clara frente al fenómeno: los chinos fueron y son declarados culpables en temas que van del medio ambiente, derechos humanos, absolutismo, estatismo, adoctrinamiento, explotación y un largo etcétera de presunciones.

La agenda mediática establecida por las grandes cadenas trasnacionales fue seguida casi a pie juntillas por medios europeos y latinoamericanos (a los que cualquiera puede tener acceso), sobre todo en ocasión de los Juegos Olímpicos de 2008. Incluso medios tan profesionales como Proceso investigaron el tema a la caza de indicios de, por ejemplo, abuso del estado, prostitución, violaciones a los derechos humanos y, en general, aquellos temas desde los que indefectiblemente se comenta el periplo de la nación china y que regularmente abrevan en las mismas fuentes de información.

La agenda de medios respecto de China se impuso a grado tal que incluso al interior del sector académico universitario son éstos, y casi nunca algún otro, los temas que respecto del dragón milenario se debaten. En los medios, casi siempre se reporta el tema para denostar.

Como reportero, yo tampoco contaba con datos que contradijeran la versión consensuada sobre el tema. Sin embargo, a pesar de que mis datos me mantenían ubicado entre el ataque, el denuesto, la celebración y la candidez, gozaba en este viaje de un privilegio: en la delegación de la UV, además del Rector de esta casa de estudios, viajaba el economista argentino Aníbal Zottele, por mucho un experto en el tema y, por añadidura, interlocutor entusiasta, de humor inteligente, paciente profesor y compañía de viaje inmejorable.

## Beijing

Aeropuerto en forma de tortuga, herencia de los Olímpicos de 2008. Naturalmente, se impuso la comparación como método para algunas ponderaciones preliminares. Recabar datos no fue difícil dado que viajaba junto a dos peregrinos aeroportuarios. El aeropuerto de Beijing resulta, dijeron, ágil a pesar de la cantidad de gente que mueve. No registra la sensación de vigilancia y arrogancia usual en los aeropuertos de Estados Unidos. Hay un orden en el caos, aparentemente.

Nos recibió una delegación conformada por una estudiante de la UV que ahora cursa un año en BISU. Una académica latinoamericana que enseña español en la misma universidad. Un maestro y estudiante argentino que hace las veces de enlace en China para universidades latinas. Un chofer dispuesto por los anfitriones.

Camino al hotel, escuché por primera vez que la UV era una de las pocas universidades latinoamericanas en tomar en serio el tema de China. Se intercambiaron anécdotas, se pusieron medianamente al corriente. Nos alojamos en un hotel que habría que definir como una instalación muy decorosa en medio de un bosquecillo, al oeste de la ciudad.

El occidental se distingue. Llama la atención aún en la capital china. Neófito cronista, me dejé deslumbrar por una sucesión interminable de avenidas de ocho carriles, jardines espectaculares y gigantescos edificios mientras algunos pekineses me observaron con discreción y, estoy seguro, algún interés por nuestro lenguaje extranjero. Tomé nota de hábitos y peculiaridades que los avecindados enlistaron para el debutante. Una: recibir y ofrecer la tarjeta de presentación tomándola con ambas manos, mirando a los ojos al interlocutor, con una leve inclinación en muestra de respeto.

La mañana siguiente al arribo inicia la agenda. Apretada en tiempos y distancias. Anotaciones al desayuno sobre la batalla contra el desajuste orgánico por el cambio en el uso horario y la conquista

del sueño. En esa tarea, me permití anotar, fui exitoso. A la mesa se incorpora Pitol, impecable y de buen humor. No registré huellas de cansancio en el escritor. Hago una primera incursión en la cocina china. También fui exitoso.

Salimos a pie hacia Renmin Da Xue, la Universidad del Pueblo de China, fundada por Mao Zedong, en 1937. Pitol, acompañado por la investigadora Elizabeth Corral, tomó un taxi. Yo continué a pie al lado del rector de la UV y del economista Zottele. Llovían los datos sobre la primera visita de este último a China y los cambios notables. Hoy hay rascacielos y avenidas donde hace 20 años había tierra y polvo. Se hace un poco de burla sobre la leyenda negra china, se la somete a prueba en cada esquina. Se intercambian datos. Les tomo una foto juntos en el mismo lugar de Renmin donde Zottele se fotografió por primera vez en China, años ha.

Las instalaciones en Renmin también son inmensas. Una micro ciudad universitaria de amplios y admirables jardines, edificios de aulas y habitaciones para los estudiantes, servicios, áreas deportivas y muchos, muchos jóvenes chinos que se afanan entre páginas de los libros, que conversan entre ellos, que se graban a sí mismos, que discuten. Hacemos ajuste de tiempo en una cafetería, a la espera de ser recibidos, y ahí registro el dato que explica el cuadro anterior: para un estudiante chino, ser el mejor o no en su trayectoria determinará ganar 300 o tres mil dólares al incorporarse al mercado laboral.

Días antes, Pitol sostuvo un encuentro con escritores del país en el Instituto Cervantes y dictó una conferencia para estudiantes en Renmin. Ahora, asistió como celebrado testigo de honor a la firma de convenio entre la Universidad Veracruzana y la Universidad del Pueblo de China. Raúl Arias Lovillo, rector de la UV, y Yang Hui-lin, vicerrector de Renmin Da Xue, formalizaron con sus firmas una nueva iniciativa bilateral para la cooperación y el intercambio estudiantil, académico y de investigación.

Es común intercambiar regalos en estas ceremonias. Los veracruzanos entregaron a las autoridades chinas una réplica en minia-

tura de la Cabeza Colosal número 1 de la cultura Olmeca, conocida como “El rey”, entre obsequios editoriales y de arte. Traductor mediante, entiendo la energía impresa en esta colaboración: no hay letra muerta. En efecto, los chinos, incluso sus funcionarios, son pródigos con las sonrisas y la amabilidad, pero me quedó perfectamente claro que el trabajo se lo toman muy en serio.

Un breve espacio abierto en la agenda permite visitar una casa de té casi diríamos tradicional en un barrio que ha logrado sortear la hipermodernidad. Es un barrio de calígrafos y músicos. De casas de té y obra nueva en construcción. No hay mayor afluencia de turistas, así que llamamos la atención de los vendedores de artesanía. Hay que tomar nota de que el regateo es una institución, una dinámica que tiene lo mismo de negocio que de juego.

El vendedor ofrece al occidental una calculadora para que anote la cifra. Éste borra y ofrece. Se repite la operación primero entre expresiones, casi pude adivinar, de broma y sonrisas por lo tacaño de uno y lo exagerado del otro. Registro muchos “no” en español y muchas interjecciones del tipo “oh-oh” de la contraparte china. En un segundo momento, la operación acontece entre muecas de resignación del vendedor y ademanes de rechazo del cliente. Ya no hay tantas sonrisas. El vendedor no deja que el cliente abandone. En esta ocasión se llegó a un acuerdo, naturalmente, pero a mí se me hizo una advertencia: “Regatea pero no trates de verles la cara”. Tomé nota.

Me gustó el ambiente que nombré familiar a falta de un adjetivo más preciso. Caminando por el barrio, el economista comentaba la dinámica de los negocios familiares, su heredad, los cambios que se esperan a partir de la ley del hijo único, la antigüedad de la tradición, los números de este sector económico. A decir verdad, suena pujante y de primera importancia. Pregunto, entonces, por la obra pública incesante. Su financiamiento. En efecto, hay una recaudación fiscal efectiva pero, sobre todo, se comenta la regulación del gobierno chino para las transnacionales.

Se explica, de esta manera y según pude entender, la reticencia de Facebook a entrar en China. La transnacional de las redes sociales no sólo tendría que pagar impuestos fuertes, sino que perdería derechos sobre su tecnología y, lo que no se podría permitir, no podría disponer de los datos de sus usuarios. En lugar de Facebook, los chinos usan weibo.com. En chino, por supuesto. Las transnacionales no mandan en China, entiendo. Por un segundo trato de imaginar lo rentable que ha sido el negocio para las otras transnacionales que sí han entrado a China. Vano esfuerzo: mi imaginación económica es reducida.

Alcanzamos a Pítol para una reunión, en otro barrio, con estudiantes de la UV que aprenden el chino en la Universidad de Estudios Internacionales de Beijing (BISU). El economista Zottele lamentó registrar a nuestra llegada la desaparición de otro *hutong* o vecindad en aras de la hipermodernidad. La estadística asegura que los chinos son quienes más metros cuadrados per cápita construyen en el mundo. Tuve presente la persistencia de una bióloga naolinqueña bella como el sol respecto del consumo energético y de recursos naturales en China.

Me advertí tomar notas al respecto: llegué a registrar un crecimiento casi espontáneo del parque vehicular, digamos de 400 mil a cuatro millones en diez años. Registré tandeo eléctrico en los barrios y calles caminados de noche. Registré innumerables bicicletas, motos eléctricas y otras máquinas bípedas híbridas. Imposible, al menos para mí, ubicar el costo de las megalópolis chinas. Conozco el de las norteamericanas, por mucho las de mayor costo e impacto ambiental del mundo.

El grupo que nos esperaba se había instalado en un café invadido por afiches y vegetación. Curiosamente, conocido por su comida italiana. Se llegó a aplaudir un vino sudafricano del que los anfitriones del café sólo pudieron ofrecer una botella. El grupo, ahora numeroso, caminó por este barrio de callejuelas adoquinadas, grandes árboles a los costados y numerosos aparadores de, sobre todo, tiendas de moda china.

Al día siguiente, se visitó la Universidad de Estudios Internacionales de Beijing (BISU, por sus siglas en inglés). Antes de la visita, logré robarle minutos a las horas y escapé a la Wangfujing, una calle cerrada a la circulación que hace las veces de centro comercial al aire libre. En metro. Apenas subí al vagón y se cayó esa certeza de que los chinos son todos iguales. La población china está conformada por innumerables razas. La más popular es la Han, que es el estereotipo de chino conocido en occidente.

Compartí un par de metros cuadrados en el vagón con un chino de dos metros y otro bastante pequeño. Había chicas morenas y muy blancas. Ojos de color y oscuros. Sólo yo tengo pelo chino. Muchos jóvenes. Mucha moda. Más llamativa de lo que estoy acostumbrado en grandes ciudades latinoamericanas. Muchos dispositivos electrónicos en mano. Muchos auriculares.

En la peatonal, como se le nombra con familiaridad a la Wangfujing, había poca afluencia y prisa y calma de locales y extranjeros, respectivamente. Registré espectaculares y almacenes de las grandes marcas occidentales cuya publicidad va del inglés al chino, grandes imágenes de rostros occidentales rotulados con ideogramas, jóvenes modelos asiáticas cuyas fotos se imprimen en el arte de las grandes marcas transnacionales: el cliché plástico de la hipermodernidad, la estética por antonomasia del universo *cyberpunk* creado, quizá (al menos para occidente), en las novelas de William Gibson, Phillip K. Dick y en la película de Ridley Scott.

Registré una cantidad relativamente notoria de minifaldas, tacones y medias de colores, todas en tallas pequeñas. Registré un número mucho menor de trajes de dos piezas (que en chino se dice “el traje que vino del oeste”), lentes oscuros, cabelleras lacias artificialmente desordenadas o pantalones informales y holgados de varón. Traté de imaginar la efervescencia del lugar en fin de semana y después de las seis de la tarde.

A uno de los costados de la peatonal se abre un acceso a un mercadillo. Tradicional para turistas. Catálogo ejemplar de la mercadería

china que hace las veces de artesanía y de souvenir, dicho sea con toda elegancia. La insistencia de los vendedores no fue insoportable en modo alguno. La gama de productos fue imposible de registrar. Registré una marea de voces que ofrecían su mercadería. Olores de comida que se superponían a otros en el olfato. Gente, mucha gente, paseándose lentamente entre los pasillos. Registré una expresión que es cliché entre los mexicanos: “Vendo balato”. Con ele. Literal.

Regresé al metro. Seríamos recibidos en BISU, una casa de estudios especializada en idiomas, leyes y negocios, que es una de las más importantes del país y la cual, desde hace algunos años, ha acogido a estudiantes de la UV becados para aprender el chino. Ahí, escuché a una académica profesora de español, doctora panameña cuyo nombre chino es Wang Liz, viva entusiasta de las relaciones que la UV ha establecido con las más importantes universidades chinas. Ella sostenía que las universidades latinoamericanas no han entendido la importancia estratégica de las relaciones con China. “Ni la UNAM; sólo la UV lo ha entendido”, aseguró.

El rector de BISU, Zhou Lie, recibió a la delegación universitaria con gran entusiasmo. Ha sido uno de los principales impulsores de la relación entre ambas instituciones. Lie y Arias Lovillo –su hermano mexicano, según repetía– firmaron la renovación del convenio de colaboración que han sostenido y que, por ejemplo, ha permitido a estudiantes de la UV estudiar en BISU y a académicos de ésta visitar la Veracruzana. También en esta ocasión, los profesores presentes –de la academia de Español y Portugués, por ejemplo–, así como los funcionarios, celebraron la presencia de Pitol como testigo de honor. Se comentaba una nota publicada por agencias internacionales que recogía esta nueva visita del escritor veracruzano y se comentaba, de paso, el periplo de las relaciones de la UV con las instituciones chinas.

Los anfitriones nos agasajaron con una cena formidable. Atestigué la ceremonia de corte del pato. El ave ha de ser rebanada en más de 100 piezas siguiendo, por supuesto, un ritual centenario. Por lo

bajo, se me comentó que no se trataba del mejor cortador de patos. Se charló nuevamente sobre posibilidades e intenciones. De la situación mexicana. Alguien me preguntó, en español, si en México se come arroz. Me atreví con platos imposibles para la imaginación domesticada por la gastronomía nacional. Muchos colores en los platos, aromas picantísimos, sensaciones desconocidas para el paladar. En silencio anoté que nuevamente fui exitoso.

Nos despedimos en el hotel. La delegación habría de batallar nuevamente contra el desajuste en el huso horario pero para un servidor no había tiempo que perder. Nuevamente me sumergí en el metro. Por la línea 4, de la estación de la Universidad de Renmin hasta Funxingmen para transbordar a la línea 1 y apearme en Tiananmen West o Tiananmen East. No fue difícil elegir entre las dos. Me daba lo mismo. Alrededor de la histórica plaza habría de salir. Eran cerca de las once de la noche, hora en que el subterráneo finaliza sus servicios, cuando salí a la superficie. Más tarde me ocuparía de hacerme entender para volver al hotel.

Caminé unos metros al pie de la enorme barda que resguarda la Ciudad Púrpura Prohibida. Mirando hacia la derecha, observé la Plaza Tiananmen. La plaza de la Puerta de la Paz Celestial. Cerrada. Se acercaba el primero de octubre, día nacional chino, que conmemora la instalación en 1949 de la República Popular China. Los trabajadores levantaban, preparaban e iluminaban gigantescas figuras en la plaza. Pensé en las manifestaciones de 1989, pensé en el hombre que se paró frente al tanque de guerra y tuve que conformarme con verla de lejos.

Fui hacia el puente sobre el Río de las aguas doradas que rodea a la Ciudad Púrpura Prohibida. Tirando fotos a diestra y siniestra. Aún cerrada al público, el monumento milenario convoca a cientos de turistas. Se me acercaron un par de chinos que algo me ofrecieron, pero jamás entendí. Intercambiamos frases en inglés chino y en inglés costeno. Creo que nadie entendió. Se hizo un nuevo comentario sobre mi pelo chino y deambulé un par de horas alrededor de

la muralla entre extranjeros, fumando, mirándolo todo, tratando de registrarlo todo.

Hacia la derecha de la gran imagen de Mao Zedong, me interné en un barrio de calles adoquinadas y grandes árboles. Volví al punto de origen y llamé por teléfono a México para compartir el momento. Me dejé encantar por su voz al otro lado del mundo atiborrándome de preguntas. Mientras, caminaba al pie de la gran barda. En una puerta alejada, ignorada por turistas, registré militares haciendo guardia. Ciertamente, en momento alguno había tenido sensación de inseguridad.

Decidí caminar de vuelta al hotel. Con ayuda de la tecnología, por supuesto. El GPS me trazó una ruta de vuelta. Inicé en la avenida Changan. Doblé en la calle Fouyu, siempre hacia el noroeste. Conocí los baños públicos, bastante decentes. Registré calles silenciosas, pocos autos, menos personas. Una parte y una hora solitaria de Beijing al borde de la medianoche. Ignoro entre qué tipos de barrios caminé. Siguiendo las indicaciones de la supertecnología, me interné en un barrio de edificios como nuestros multifamiliares. Volví a tomar notas de expendios de frutas y verduras abiertos aún a esa hora. Evidentemente, casas de masaje. Reflexología podal. Acupuntura. Una promesa oriental de relajación.

Caminé un largo rato en un barrio solitario. A mi izquierda, una sucesión de negocios, fachadas, casas un tanto desatendidas. A mi derecha, una barda levantada para evitar el paso a una gran construcción. Detrás de la barda, reflectores colocados en el piso iluminaban esqueletos de futuros edificios. Se iluminaban grúas gigantes chillando su metal y su enormidad en medio de la noche. Regresé a un par de avenidas más concurridas. Regresé a una supervía. No creo que mintiera el GPS. Había recorrido apenas dos tercios del trayecto, a razón de uno por hora. Pensé en abdicar, buscar un taxi, mostrarle la llave de mi hotel, donde el nombre del mismo estaba escrito. Decidí proseguir y conservar para el anecdotario esa noche que caminé unas tres horas en Beijing.

Al día siguiente, la delegación habría de visitar Hanban, la sede mundial de los institutos Confucio. La delegación se dividió. Pitol y la investigadora Corral tuvieron su propia agenda. Al Rector de la UV y el economista Zottele se unieron académicos de la Universidad de Chongqing y un agregado de la embajada mexicana en Beijing. Estaba por exponerse a los directivos de Hanban la posibilidad de abrir un instituto Confucio en Veracruz, en la Universidad Veracruzana.

Fuimos recibidos por funcionarios de Hanban en materia de comunicación y planeación, según recuerdo. La propuesta de los mexicanos fue secundada por académicos e investigadores de la Universidad de Chongqing. Habría que interpretar las reacciones de los funcionarios chinos a partir de la traducción al español. Preferí abordar a los académicos de Chongqing para cotejar valoraciones sobre la reunión. Registré que, de acuerdo con todas las opiniones, la delegación fue exitosa.

No puedo precisar si fue esa misma noche o la víspera, pero también se conoció un café de tres pisos, decorado con cierta relajación doméstica, podría decirse, que es punto de encuentro para los extranjeros. Había café espresso. Había panecillos y pasteles. Había jóvenes rubios, largas barbas, muchas consonantes en conversaciones que pude registrar. Había cierto cansancio en la delegación, disminuida por el cambio de horario. Casi todos se acostaban temprano y despertaban aún de madrugada. Hacia el atardecer, el cansancio se manifestaba en los ojos, en la forma de caminar.

La última noche en Beijing. Había que volar cuatro horas a Chongqing, horno de China le llaman por sus altas temperaturas. Rodeado de bosque y a veces de niebla. Había que fundar el Centro de Estudios Sergio Pitol.

## Chongqing

Durante el vuelo al centro de la República Popular China, donde se localiza la municipalidad de Chongqing, una muy joven pareja china me abordó, en inglés. Querían saber cuál era el idioma que hablábamos en esa pequeña comitiva que bromeaba, reía y conversaba vivamente. Registré una agradable sensación al pensar que a estos chicos el español les sonaba a sánscrito.

Nuevamente, un aeropuerto ágil y un vuelo fácil. Una comitiva de la Universidad de Chongqing nos recogió en el aeropuerto y nos condujo a nuestro hotel. Parecíamos salir de la ciudad. En Beijing me admiré de toparme a cada paso con obra pública nueva pero Chongqing era un carnaval de construcciones. Al parecer, íbamos bordeando la ciudad, en uno de cuyos flancos se han establecido una cantidad impresionante de universidades. Las privadas, sea dicho de una vez, no gozan de la mejor fama. Se dice que es el Silicon Valley asiático.

Durante el trayecto, el horizonte nocturno estuvo cortado por enormes edificios en construcción. Podía distinguir las grúas iluminadas por reflectores para trabajar de noche, pero a la distancia era imposible distinguir a los trabajadores que, confirmé, en efecto, ahí estaban. El economista nuevamente me proporcionó pormenores del lugar. Sabía que ahí estaba la presa de las tres gargantas, la más grande obra de ingeniería de la historia de la humanidad, según se afirmaba.

Supe, entonces, que el río Yangtsé ha inundado sus márgenes desde tiempos inmemoriales. Supe que, en consecuencia, cierta parte de la ciudad está diseñada para ser habitada e inundable al mismo tiempo. Registré campesinos chinos caminando por la carretera. Registré sus sombreros circulares. Registré sus balancines a la espalda. Registré una manada de rumiantes gigantescos que obligan a los automóviles a pensárselo dos veces. Me enteré que los chinos del lugar no están acostumbrados a ver occidentales, pelo chino o vello corporal. Al llegar al hotel también me enteré que nadie hablaba inglés.

Yerro fatal en un reportero: olvidé preguntar cómo se escribe, sistemas Wade-Giles o *hanyu pinyin* mediante, el nombre de los baozi o algo semejante que cada mañana me dieron los buenos días durante este viaje. Ligeros como ensalada, hechos al vapor, rellenos de verdura o carne o sin rellenar. A falta de café, encontré una constante vital para el desayuno. Ajena a tal relación casi cósmica con mi desayuno, la delegación se preparaba para asistir a la Universidad de Chongqing.

Era fresca y húmeda, suficiente para soportar el traje que vino del oeste, incluso un chaleco, la mañana de la inauguración del Centro de Estudios sobre México y América Latina “Sergio Pitol”.

La UV –a través del Centros de Estudios China-Veracruz (CECHIVER) que dirige el economista Zottele– y la Universidad de Ciencia y Tecnología de Chongqing habían formado una alianza estratégica algunos años atrás y habían decidido impulsar un centro de estudios para, en primera instancia, promover el idioma español y la cultura latinoamericana. Naturalmente, los veracruzanos propusieron bautizar al centro en honor al imprescindible escritor. Los chinos, luego de la anterior y sonadísima visita de Pitol en 2006, convinieron.

Al acto inaugural asistieron unos 200 académicos, estudiantes y funcionarios. Los rectores Raúl Arias Lovillo y Yan Xiping, de la UV y Chongqing, respectivamente, dirigieron sendos mensajes. Xiping recibió a la comitiva en el vestíbulo de la principal biblioteca del campus: un edificio de una decena de pisos que en su planta baja cuenta con una sala de actos.

Pitol sonreía a cada momento. Dada la importancia del acto, no sólo las autoridades universitarias se apersonaron. También el gobierno de la ciudad y el Partido Comunista Chino estuvieron representados en la ceremonia. El rector Xiping habló en su discurso del desarrollo estratégico de la localidad. Se recordaba aún cuando, un año antes, Raúl Arias había pronunciado un discurso frente a unos 30 mil estudiantes, en el marco del 60 aniversario de la Universidad de Chongqing. “Se ha establecido confianza y amistad profunda

con la UV. El centro es un paso muy importante para lanzar nuevos acuerdos de cooperación... La amistad entre nosotros tendrá que existir para siempre”, dijo.

El Rector de la UV pronunció un mensaje en el que aseguró que la apertura del Centro de Estudios que lleva el nombre del laureado novelista “es una muestra de la formidable colaboración entre nuestras universidades. Pitol no sólo es uno de los grandes escritores de la lengua española, sino también un gran humanista. Es, como alguien lo ha dicho, el escritor latinoamericano más chino. Ha estado vinculado a esta gran nación desde hace muchos años. Y su amor por China hoy le retribuye de manera generosa con la creación de este centro.”

Pitol, los rectores y el vicedecano Zhou Xiangyu develaron placas conmemorativas. Pitol se dirigió a otro recinto del campus a dictar una conferencia más para jóvenes estudiantes, junto con Elizabeth Corral. El resto de la comitiva sostuvo una reunión de trabajo con científicos de Chongqing para precisar detalles sobre el funcionamiento del centro y sus alcances. Según tomé nota, el centro puede resultar fundamental para las relaciones México-China, explicó Xiao Chang, funcionario del gobierno de Chongqing en materia de negocios.

Ambas universidades convinieron en potenciar el arco de influencia del Centro de Estudios “Sergio Pitol” y, para tal efecto, se propusieron consagrarlo a tres áreas: educación y cultura, ciencia y tecnología, así como negocios.

Para el funcionario chino, el intercambio económico entre regiones es una de las claves del centro. Habló de la vinculación cultural pero también de la aproximación entre empresas y de la investigación siempre a favor del desarrollo de las regiones. Celebró que las tres partes más importantes del gobierno chino saludaron la iniciativa y dieron la bienvenida al centro. Dijo que se debe involucrar a los gobiernos local y nacional para apoyar a este nuevo organismo y hacer de él un gran centro de investigaciones que pueda interpretar las necesidades de los gobiernos y las empresas.

De todo ello, tomé nota con la mayor celeridad posible. Creía tener experiencia en reuniones de trabajo efectivas, claras, directas. También creía que los chinos tenían nombres complicados hasta que vi el enorme esfuerzo que les suponía pronunciar mi nombre completo, de 29 letras, muchas erre y muchas vocales abiertas.

Fuimos invitados a comer nuevamente. Otro agasajo de pescados, frutos del mar, tallarines, pato, verduras, mucho, verdaderamente mucho picante, vino, frutas, más verduras y una gama increíble de colores. Con Xiao Chang, funcionario del gobierno local, entablé buen trato. Conversamos en inglés y brindamos unas veinte veces. Sólo en la primera ocasioné un bochorno: con los chinos háse de brindar poniendo la copa propia por encima de la que sostiene quien propone el brindis. La parte superior de la copa ha de chocar ligeramente con la base de la del interlocutor. Si los brindantes han bebido lo suficiente, repetirán la acción, colocando la copa propia por debajo de la ajena, hasta que sea imposible descender el brindis aún más.

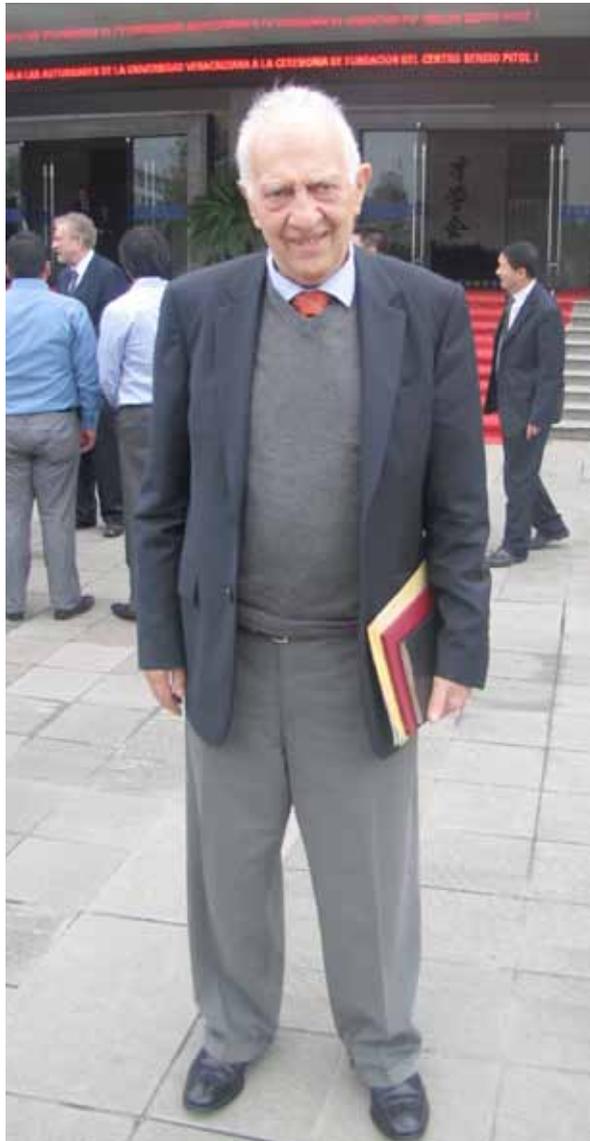
Volvimos al hotel, se disfrutó un poco de las instalaciones, se charló, se consiguieron algunas cervezas (tibias) para acompañar la charla. Al día siguiente, amaneció lloviendo. Dependiente crónico de cualquier traductor, un tanto detenido por la lluvia, la mañana transcurrió en el hotel, mirando a lo lejos una boda china. Los novios arribaron ataviados a la usanza occidental. Los organizadores del banquete de bodas dispusieron una mampara de papel para que los invitados imprimieran sus buenos deseos. Imprimimos buenos deseos en español mexicano. La fiesta se prolongó largo rato. Registré que, en efecto, la novia, tras deshacerse de la gala occidental, se casa vestida de rojo. Registré la soledad del extranjero que pensaba que el inglés abría todas las puertas. Afortunadamente, aparecieron dos jóvenes mexicanos que estudian en Chongqing, gracias a intercambios académicos con la UV.

Traté de seguirlos en sus anécdotas, sus impresiones. Más que conversar con ellos, los entrevisté. Supe de sus historias de vida. De sus valoraciones sobre esta cultura. De sus reflexiones y hasta

de sus estrategias para divertirse en el nuevo entorno. Conversamos sobre la juventud china, lo que habían aprendido sobre ellos y sobre sus formas de beber, divertirse, vivir sus sexualidades. Comentamos detalles sobre la boda que se efectuaba a metros de nosotros. Comentamos la situación del país y la impresión que de ella tienen los chinos.

Comparamos puntos de vista. Nos despedimos. Hubo que volver a Beijing, dormir una noche más ahí y volar al día siguiente. La noche antes de partir, caminé por el bosquecillo que contiene, sí, al Hotel de la amistad. No cedí ante el impulso de sacar conclusiones. Preferí tratar de registrar todo cuanto me fuera posible. Aún en el avión, al día siguiente, preferí prestar atención a la película: Kung Fu Panda II. En inglés, con subtítulos en chino.

De vuelta a casa, ya habría tiempo de cruzar datos, compilar opiniones, hacerme de un punto de vista más claro y sereno. Depurar. Jerarquizar. Contraponer. Buscar en la memoria y, mejor aún, en los apuntes, datos y emociones sobre el dragón milenario que preocupa a la prensa del mundo y cuya noche anterior, la última para mí del viaje, quise que tuviera el sabor de un pasaje de Lao Tsé.



Chongqing, China, septiembre de 2011. El escritor veracruzano Sergio Pitol, en la Universidad de Ciencia y Tecnología de Chongqing (CQUST), a donde asistió para presenciar la ceremonia inaugural del centro de estudios que lleva su nombre.



Raúl Arias Lovillo, Sergio Pitó y Yan Xiping, rector de la CQST.



Al evento asistió un gran número de estudiantes universitarios interesados en conocer el idioma y la literatura de México y América Latina.



Yan Xiping, rector de la CQUST.



El rector de la Universidad Veracruzana, Raúl Arias Lovillo, emitiendo su mensaje durante la ceremonia inaugural del Centro de Estudios sobre México y América Latina "Sergio Pitó", en Chongqing.



Raúl Arias expresó su deseo de que los acuerdos de cooperación establecidos con la Universidad de Ciencia y Tecnología de Chongqing contribuyan al fortalecimiento de las relaciones entre China y México.



El célebre escritor veracruzano Sergio Pitol, flanqueado por el rector de la CQUST, Yan Xinping y por el representante de la UV en Beijing, Esteban Zottele de Vega.



Ambos rectores develando una de las dos placas conmemorativas del día.



La figura de Sergio Pitol se convierte ahora en un emblema de México para la Universidad de Ciencia y Tecnología de Chongqing.



Encuentro académico entre la delegación de la Universidad Veracruzana y los representantes de la CQUST, momentos después de la inauguración del Centro Sergio Pitol.



Durante el encuentro académico UV-CQUST surgieron las primeras ideas para la cooperación académica a futuro.



Tres áreas académicas de interés común fueron puestas en la agenda de colaboración: técnica, humanidades y económico-administrativa.



El rector Raúl Arias, en la sala de lecturas del Centro “Sergio Pitol” en la CQUST.



La foto del recuerdo. Al centro, Sergio Pitol. A ambos lados de él, los rectores de las dos universidades. Les acompañan funcionarios y académicos de la Universidad Veracruzana y de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Chongqing.